

MEMORIAS DE UN OCHENTÓN

MEMORIAS DE UN SEPTUAGENARIO I

Por José María Yeves Nohalés

Yo, José María Yeves Nohales, a los setenta y cuatro años he pensado contar dichos y directes, anécdotas, historietas, cuentos y galimatías de los vecinos de Venta del Moro.

No quisiera que se pensara que quiero burlarme de alguien. Mi intención es contar todo aquello oído y escuchado de unos y otros y que quede reflejado y no muera en el olvido. Por lo tanto, que me perdone todo aquel que se sienta aludido, ya que mi intención es sana, sin ánimo de ofender a nadie, y así que quede recopilado para la historia.

Muchas gracias venturreños y venturreñas por perdonarme.

Vicente Gómez El Rumiento fue sereno del pueblo. Su cometido era vigilar por las noches, cuando todo el mundo dormía, para que los ladrones y malhechores no atentaran contra los intereses del vecindario. En su ronda, cada hora cantaba: "Ave María Purísima (tal hora) sereno, nublado, nevando o lloviendo", según el tiempo que hiciese.

Vicente, según él, no era miedoso. Me lo contaba un día, pero una noche, estando sentado en frente del camino del cementerio, oyó un ruido, como si una cadena fuese

rozando algo metálico y que cada vez se acercaba más y más camino abajo del cementerio. A mí aquello me atemorizó, pero, en vez de marcharme, fui en dirección del ruido y me encontré que la mujer del enterrador venía del cementerio a las cinco de la mañana de recoger la cubeta del agua porque se iban a alguna aldea a atender el cementerio. Tengo que decir que dicha cubeta es donde casi todo el mundo llevaba el agua al campo, ya que al ser de madera la conservaba fresca. Esta era un pequeño tonel y, para transportarla, tenía una cadena que se colgaba al hombro en forma de bandolera y ese era el ruido producido por la cadena al golpear con los cellos del tonel, que son metálicos.

Y, como he mencionado a la mujer del enterrador, diré que se llamaba **Adela** y, el marido, **Vicente El Patojo**. Tenían dos hijos: Vicente y Benito. Vicente vive en Requena y Benito creo que por Cataluña. Vicente era de armas tomar, no es que fuese malo, más bien era un espíritu libre, le pusieron de apodo Herodes. Un día vino un riachero vendiendo tomates y pimientos y llevaba una canasta de picantes, le preguntó

Vicente si picaban mucho, a lo que respondió el huertano: "si te comes dos, te regalo la canasta". Él, que estaba acostumbrado a que en su casa se las comían secas y tostadas para engañar el pan con algún que otro trago de vino, se los comió sin hacer el mayor gesto, ganándole la apuesta y llevándose los picantes a su casa ante el asombro del huertano.

Esta familia vivía en una casucha a la salida del pueblo, en el nacimiento de la carretera de Requena y comienzo del camino del cementerio. El sueldo del enterrador no daba para mucho, hay que entender el por qué lo de los picantes, de alguna manera había que engañar al pan, ya que muchas veces era todo lo que en la casa había, y cuando lo había.

Un día se le hundió la chimenea y la tía Adela fue a pedirle ayuda al **tío Jesús** para que se la arreglara. El tío Jesús, mi vecino, había sido

peón de albañil y, estando éste en el tejado, llamó a voces: "¡Adela, Adela!" y esta, presurosa, salió de la casa: "¿qué quiere, tío Jesús?" y este, con su gracia y humor le contestó: "retira el piano o tápalo que se estará llenando de polvo". Y es que, salidas graciosas de este tipo las tenía a porrillo.

El tío Jesús, ya jubilado, era el encargado de subirle el agua de la fuente a su mujer y, para ello, nos pedía la burra. Aquel día, bien porque el animal estuviese cansado, o por estar harta de hacer más viajes de lo normal, empujó con el morro la puerta de mis portás y enfiló para la cuadra dejando los cántaros hechos añicos en los marcos de la puerta.



Millán García con su inseparable cesta de golosinas. © Delia Cervera.

Millán García era el encargado de endulzarnos los morros a chiquillos y mayores. Los domingos y festivos se ponía en la puerta del cine con su mesa; todo un supermercado de golosinas, peladillas, confites, chicles, puomoro, caramelos variados de sabores y colores, torrates, cacahuets, tramosos y mil cosas más. Parecía mentira que, en tan poco espacio que era la mesa, hubiera tanta variedad o, al menos, eso era lo que pensábamos la chiquillería.

Millán era hijo del **tío Borrega** y casi sobrino del **tío Ubino**. Digo casi por la gran amistad que entre el tío Ubino y el tío Borrega siempre existió. Voy a contar una anécdota de ambos: estaba el tío Ubino en el lecho de muerte y fue a verle la viuda del tío Borrega: "Qué Ubino, ¿cómo estás?". A lo que éste respondió: "me queda una misa mal cantá. Mira, si quieres algo para el Borrega, mucho no le puedo llevar, si acaso unos piucos para este invierno". "Tonto chorra" respondió ésta, "te estás muriendo y aún estás de bromas". A todo esto, el tío Ubino nos dejó a las dos horas de la visita.

Pero sigamos con Millán. Casi toda su vida fue de cobrador en la camioneta "la Venturreña" (así le llamaban los utielanos y requenenses). Ésta era propiedad de Julián Cervera. Millán, aparte de cobrador, se encargaba de hacer todos los encargos que la gente le mandaba (previo pago) y de mantener limpia la camioneta.

La calle que sube al Este de la glorieta y la fuente del pueblo era una calle de piedras y hoyos. Luego se arregló con unas escaleras de cemento y pusieron un cartel donde prohibían el paso de caballerías y ganado. Cuento esto porque un día estaba Millán con dos cántaros de agua allí y le preguntaron: "¿qué haces Millán?" a lo que este respondió: "estoy aquí que no sé qué hacer. Como han puesto este cartel y yo soy hijo del tío Borrega no vayan a denunciarme". Salidas de estas las tenía a porrillo.

A Millán, cuando le subían los precios de los productos como cacahuets, torrates y tramosos; él mantenía los precios. Eso sí, a las medidas o medidas que eran de una peseta, o de dos o tres, le ponía un papel doblado en el culo, haciéndolas cada vez más pequeñas. Llegó un momento que estas medidas tenían más papel que el libro del Quijote (siempre hay que exagerar algo).

Un grato recuerdo de mi parte, Millán, y creo que de muchos venturreños.

Padres de familia numerosa, o sea, "desajera".

Fernando Gómez y Eusebia Pérez tuvieron la friolera de veintiún hijos y tres abortos, tres de estos fueron partos de dos. Ellos vivían en la calle Nueva, al lado de mi abuela María. Mi abuela les decía: "¿pero no tenéis más conocimiento?" a lo que la tía Eusebia contestaba: "Como Fernando me deje los calzoncillos colgados en la cama yo con verlos ya quedo preñada".

De todos estos hijos, solo siete llegaron a la edad adulta. Emilio era el único varón. Ellas fueron: Vicenta, Antonia, María, Natividad, Dionisia y Emilia, esta última gemela de Emilio.

El tío Fernando hizo la mili en Filipinas, siendo una colonia española, y, en su estancia allí, dejó o tuvo un hijo con una nativa. A lo que hay que sumarle un hijo más y cosa curiosa: en plena Guerra Civil española recibieron una carta de la familia filipina. En la carta, Fernando, que así se llamaba el hijo filipino, se ofrecía a ayudar a la familia en lo que a este hiciese falta. Creo que nunca más tuvieron noticias, bien por dejadez u olvido.

Hasta los años cincuenta de pasado siglo existió un periódico en castellano en Manila,

la capital de Filipinas. A los españoles se les llama *castilla*, pero los filipinos pronunciaban *castila* y así fue como **Emilio Gómez** heredó el apodo **Castila**, sin comerlo ni beberlo.

Castila nunca se casó, murió soltero haciéndose cargo de él su hermana Natividad y su sobrino Fernando, hijo de ésta. Estaba sordo como una tapia, pero jamás faltó a un pasacalle de la banda de la música ayudando y colaborando con ella en lo que pudo. Era el papelerito, siempre cargado con los pentagramas de toda la banda.

Era pacífico, bonachón y siempre con una sonrisa en la boca. Nunca lo vi enfadado.

Mientras fue autosuficiente siempre vivió solo y lo recuerdo haciéndose su tomate frito, que era su plato preferido. No es que yo lo viera, pero sí que lo sentía estando en casa de mi abuela María el tac-tac de la cuchara golpeando en la sartén para picarlo. Y es que la chimenea de él, como la de mi abuela, estaban adosadas una con la otra divididas por un tabique.

Un recuerdo Castila.



El músico Francisco Gómez con Emilio Gómez "Castila".